



Ecbatana quizás (1), la hermana de la joven reina Ben-nt-rest, «la hija de la perfección» (2), fué acometida de una desconocida enfermedad; un espíritu la atormenta y tortura; los más afamados médicos no logran curarla. El rey [de Buch-t-en] mandó por dos veces comisionados cerca de Ramsés, suplicándole enviara á Buch-t-en el Dios Chons de Tebas. Después de muchos ruegos, púsose el dios en camino: marcha acompañado de otros cinco más pequeños, primeramente sobre un gran navío, después sobre un carro hasta llegar á Buch-t-en, y cura á la princesa comunicándole su virtud de vida, y el espíritu la deja libre saludando al Dios Chons, que anda en paz y desprecia los rebeldes. En señal de gratitud, el rey de Buch-t-en no quiere dejarle volver tan pronto, y le hace quedar á su lado por espacio de tres años y nueve meses, después de cuyo tiempo, apareciéndose al rey que estaba acostado en su cama, semejante á un gavilán de oro que extiende sus alas hácia el Egipto, obliga al príncipe á que le dé su venia para volverse á su tierra de predilección, y en ella hace su entrada con paz, el año 33 del rey que vive eternamente como el sol (3). Evidentemente bajo estas groseras apariencias se ocultan algunas doctrinas del Egipto, llevadas al centro y quizás hasta el norte del continente asiático.

Esta es la época también en que va á operarse una grande transformación en la autoridad real del Egipto. De guerrera y sacerdotal, y aun más bien guerrera que sacerdotal, como era en tiempo de los Ramsés conquistadores, va á hacerse vasalla del sacerdocio, después de haber inútilmente y por largo tiempo combatido esta influencia.

Los sacerdotes de Ammon, que desde un principio pertenecían á la raza real y que esta-

(1) M. de Ruge cree que Buch-t-en es el Baghestan actual; M. Brugsch cree que Ecbatana; nosotros nos inclinamos á esta segunda interpretación.

(2) «Ven, hija, resit, perfección», dice M. Brugsch, en lo que ve el nombre semítico.

(3) Esta leyenda está inscrita sobre una stela que M. Birch ha descubierto, y que M. de Rouge leyó y M. Brugsch. ¿No habrá en esto algún recuerdo del arca del Señor, que no puede quedar cautiva?

ban colocados sobre los peldaños del trono, se hicieron bien pronto los rivales de los Faraones. Ramsés IV reprimió sus pretensiones; pero tomaron la revancha en tiempo de uno de sus sucesores, y fué tal su preponderancia, que el nombre de Ramsés-Nectu, gran sacerdote, jefe del palacio y jefe de los trabajos, se asocia á la misma liga que el rey, y ambos llevan la tiara. Este gran puesto no dejó de tener sus alternativas. Ramsés XII, apoyándose en un antiguo prestigio dinástico, pudo librarse de la rivalidad; pero bajo Ramsés XIII llega á hacerse una supremacía manifiesta. El gran sacerdote Her-hor lleva el símbolo real, recibe la corona roja y la corona blanca, y se declara jefe de los trabajos, jefe del ejército, rey de las dos regiones, es decir, de todo el Egipto. La dominación sacerdotal fué tan completa, que á partir de esta época, la historia señala dos líneas paralelas, una de los Faraones de antiguo origen que dan á Tebas una existencia deshonrosa, y otra de los reyes grandes sacerdotes (1) de Ammon, que les quitó el ejercicio y las insignias del poder supremo.

¿Podremos decir que esta época es una era de decadencia? Por el exterior la influencia del Egipto se va desvaneciendo; la Libia y la Etiopía sacuden su yugo; el Asia Central, reconstituida bajo el imperio de Ninive, no es ya tributaria, sino enemiga y dominadora. Por el interior comienza á dividirse el territorio, y se levanta la vigésimaprimerá dinastía en el Bajo Egipto, en Tanis.

Este es el tiempo en que los jueces echaron los fundamentos del poder de Israel; es el tiempo del rey David; es el tiempo de la gloria de Salomón, de aquella gloria cuyo ascendiente es tal sobre la dinastía de Zanis, que uno de ellos, Psen-bencha probablemente, se cree dichoso en dar su hija, en señal de alianza, al joven y sábio monarca que reina sobre los antiguos esclavos de los Faraones.

(1) Es de observar, que varios de estos Grandes-Sacerdotes, preparaban ó aseguraban su usurpación por el matrimonio con princesas de sangre real. M. Brugsch cita tres.

CAPÍTULO IX

El Egipto bajo sus últimas dinastías independientes, antes de la conquista de los persas.—La vigésimasegunda dinastía.—Su carácter asiático.—Seschouk y la Biblia.—Sucesores de Seschouk.—Fin del antiguo imperio egipcio.—La invasión etiópica.—La vigésimacuarta dinastía y la vigésimaquinta.—Sabaka y sus sucesores.—Relaciones con los indios.—Reacción contra los etíopes.—La dodecarquía.—La vigésimasexta dinastía.—Pscun-tik.—Sus trabajos.—Origen del arte.—Ne-Kan.—Sus sucesores.—Rebelión militar.—Amessa-nit.—Relación con los griegos.—Conquista de los persas.

El Egipto debía ensayar todavía el poderse regenerar bajo una nueva dinastía; esta dinastía, que se presenta como la vigésimasegunda, y que viene de la base egipcia de Rubasto, tiene un doble carácter. Al principio parece reunir al Egipto entero bajo su dominación; más tarde da á conocer un origen asiático en casi todos sus nombres. Su fundador fué el yerno del penúltimo ó del último (1) Faraón, de Tanis; llamábase Amen-mer-Osorkhon, y entre sus predecesores se cuenta un Nimrot (Nemrod), y un Nabonera, cuyas analogías babilónicas no hay por qué referir. Este es un hecho capital; ¿pero cuál será su explicación? ¿Bastaría tener en cuenta únicamente la preponderancia que tuvieron las familias semíticas en el antiguo Egipto á consecuencia de las relaciones con el Asia Central? (2) ¿O bien será necesario hacer constar las consecuencias de una especie de invasión, de una conquista quizás de la raza semítica, levantada y engrandecida en la Mesopotamia, que toma al fin la defensa de tanto tiempo esperada?

En este caso, la nueva dinastía no sería más que un vasallo impuesto desde un principio por los vencedores, y adoptado después por los egipcios, bastante inclinados, como se sabe, á

(1) M. Crusch cree que era el penúltimo, y monsieur Rouge el último.

(2) Esta es la explicación de Brugsch; nos parece ingeniosa, pero insuficiente, con el carácter tan exclusivo de los egipcios; esta fusión, este predomnio voluntario de los asiáticos es poco fácil de concebir.

admitir en sus listas reales los lugar-tenientes de los que habían sometido.

Siempre es cierto que la vigésimasegunda dinastía, con su tipo asiático tan pronunciado, no estuvo falta de grandeza ni de gloria. A ella pertenece un rey guerrero, Seschouk, ó Sa-sanq, á quien la Biblia menciona con el nombre de Sesach y los griegos bajo el de Sesostris. El mismo se decía ser «El que se había coronado rey para unir los dos mundos.» Hábil para aprovecharse de las divisiones de sus vecinos, recibe á Jeroboam fugitivo, ataca á Roboam, se apodera de las fortalezas de los hebreos, penetra hasta Jerusalén, y se lleva, como despojos, los tesoros del templo y los del rey. Aquí, y debemos hacerlo notar muy bien, reciben las sagradas letras un magnífico testimonio. Seschouk, á imitación de sus sucesores, abrió á sus explotaciones las murallas de Karnak.

Un bajo-relieve, que data de su reinado, parece que tiene por adorno una doble corona, y él está levantando la espada para aplastar á la multitud de enemigos extranjeros humillados á su presencia. Los dioses, personificados en cautivos, le traen las figuras de los soberanos y de las ciudades que ha dominado, y los nombres de los vencidos se hallan inscritos por cima de sus cabezas. Entre estos nombres, de ellos varios son los de las ciudades de la Palestina, y uno de ellos es el del «rey de Judá», «Jud-harmalek» (1). Estos rasgos son significativos.

(1) Este nombre significa: ó el rey, ó la ciudad



Orgullosa de tanta gloria, recibe el conquistador las felicitaciones de Ammon, que al verle exclama: «Mi corazón se congratula porque he visto tus victorias, hijo querido... Has llevado tus fronteras hasta donde has querido... Los reyes se arrojan sobre él y son destrozados en los valles... La desgracia se apoderó de ellos y fueron como si no hubieran nacido.»

Estos triunfos fueron de corta duración. La dinastía asiática se perpetúa, y se encuentran nombres también asirios, como los de Osorkon y de Seschouk, los de Takelothis y Tekelot, que recuerda a los Teglath-Pileser de Babilonia (1). Esta dinastía no ha dejado más vestigios en los monumentos que en la Historia; concluye esta para ser reemplazada por otra más oscura todavía (2), asiática, al menos medio asiática, acantonada en Bubasto como la precedente.

Durante esta época, tan llena de turbaciones y tan oscura, será necesario colocar según los descubrimientos más modernos una invasión en el Bajo-Egipto de un «rey de Etiopía», que descendiente probablemente de una de las numerosas ramas de la antigua raza egipcia, se gloria de haber sometido príncipes y jefes, de haber destruido una confederación en la que figuran el rey Nimrot, el rey Waaput, el rey Osorkon de Bubasto; de haber ocupado como vencedor los campos y las ciudades, y de haberse apoderado de Menfis, donde tomó el tí-

capital de Judá. Tal es la opinión de M. Robin, según Champollion; nos parece más aceptable que la de M. Brugsch. Hé aquí ahora el nombre de las ciudades bíblicas: Ro-ba-ta (Rabbith), Ta-au-kau (Thonach), Sano-me-aa (Suam), Ro-ha-ba-aa (Rahab), Ha-pu-ro-maa (Hapharaim), A-do-ra-ma (Adoraim), Ma-ha-no-ma (Mahonaim), Qua-ba-aa-na (Gibeon), Bat-hoa-ro-na (Bet-Horon), Qa-do-meí (Kedemoth), A-ju-lon (Ajalon), Ma-ka-do-au (Mageddo), y otros muchos que añade M. Brugsch, de quien nosotros tomamos esta nomenclatura.

(1) Hé aquí la nomenclatura, aunque muy incierta de estos reyes: Osorkon I, Fekelot I, Osorkon II, Seschouk II, Seschouk III, Pachi, Seschou IV: se hallan en las listas de los príncipes sus hijos, los de Nimrot, etc.

(2) Esta vigésimasegunda dinastía no tiene más que los nombres de tres reyes: Pet-sa-bast (Petubast), Osorkon y Psannut (Psamnius).

tulo ó dictado de rey de Egipto. Este personaje, que se llama Pianchi-Meriamun, es un hábil guerrero y de mucha suerte; gobierna con esmero, es clemente después de la victoria (1); por último, juega un papel muy importante, «el de un etiope que arriba á las apartadas regiones del Alto Nilo para terminar con la conquista las discordias civiles que desolaban el Egipto» (2). No sería á él, á sus tiempos, ó á la anarquía que supo reprimir en un instante á quien debieran aplicarse los famosos pasajes del profeta Isaías: «¡Oh! país, que yaces bajo sombras y tinieblas (ó más bien país del disco de dos alas) más allá de los ríos de Kusch, que envías mensajeros por los mares en bajeles de junco; id, veloces mensajeros, á una nación desgarrada, á un pueblo temible desde su origen y más tarde nación oprimida, cuyo país está ocupado por ríos» (3)...

«Yo excitaré al egipcio contra el egipcio, al hermano contra el hermano, al amigo contra el amigo, á ciudades contra ciudades y reinos contra reinos (4)... Yo entregaré el Egipto en manos de un severo soberano; un rey victorioso dominará sobre ellos.»

Después, cargando sus navíos de plata, oro, bronce, telas y de todas las producciones del Bajo-Egipto, de todas las riquezas de la Siria, de todos los perfumes de la tierra sagrada, Su Majestad se volvía ensanchado el corazón. Los soldados disfrutaban de alegría; en el Occidente y el Oriente resonaban las grandes aclamaciones dadas á S. M. cuando pasaba. Los profetas alegres, exclamaban: «¡Oh! rey vencedor, Pianchi, ¡rey vencedor! Tú has llegado..... Tú has obrado como un hombre; la alegría rebosa en

(1) «Los soldados de S. M. nunca hicieron llorar á un niño,» dice la inscripción de Barkal.

(2) M. de Rouge, Memoria ya citada. Los *Anales de la filosofía cristiana* demostraron los grandes resultados de esta Memoria, núm. de Setiembre, 1863.

(3) Tomamos la traducción de M. Cahen, según los *Anales de la filosofía cristiana*. Vugarelli fué el que propuso traducir la palabra del profeta por *cimbalo*, llevándole la idea de «disco de dos alas.» Este símbolo responde bien á los monumentos. Esta conjetura es atrevida, dicen los *Anales*, pero merece más atención que la que se le da. Isaías, XVIII, 1.

(4) Isaías, XIX, 2 y siguiente.



el corazón de la madre que dió á luz un hombre... Tu poder será eterno (1).»

Este es el fin del antiguo imperio egipcio: el despotismo aumenta con la decadencia; justo y lógico castigo. Al mismo tiempo la introducción del elemento extranjero aumenta la esclavitud del pueblo. Los Faraones degenerados llaman en su ayuda á los mercenarios de Africa y de Asia, y á las veteranas tropas indígenas; los «kalasir,» los calasirianos, como decían los griegos, ya no les bastan. Van también los «menfi,» los «ma-sa-wa-sa.» Libios ó árabes que forman partidas insolentes de estos auxiliares, á la cabeza de los cuales en vano colocan príncipes de la familia real, y después de haber sido los instrumentos de la tiranía, se hacen los dueños y la hacen traición en la hora del peligro.

No queda, pues, al Egipto más que una afrenta que padecer, la de la conquista definitiva, ¡y qué conquista! la conquista de los etiope, del «pueblo de Kuseh,» después de tanto tiempo como había permanecido bajo el yugo de los Faraones.

No obstante la sumisión en que estuvo la Etiopía, permaneció siempre guerrera. Muchas veces había servido de asilo á los reyes de Mezraim que huían de los hicsos y de los asirios; los Faraones aún no habían sido reconocidos. Llegada la ocasión, la Etiopía tomó decidida venganza.

Una grande expedición, procedente de las montañas, destruyó los vestigios de la dominación egipcia, que no protegía la sabiduría un poco fabulosa del rey Bek-ne-renk ó Bok-en-rawe, Boschoris (2).

Primero y último de su dinastía (3), este príncipe, pequeño de estatura, vivo de espíritu, legislador justo y hábil, pero codicioso y hasta avaro, no pudo contrarrestar el ímpetu de los

(1) Inscripción de la stela de Barkal.

(2) M. Mariette halló el nombre de este rey. (Véase M. Desjardins, *Revista de arquitectura*, 1860.)

(3) La XXIV, según opinión de M. Brugsch. Bacchoris dejó fama de justiciero. Se le atribuye haber sido él el primero que hizo el arreglo de «la moneda.» El pueblo egipcio había guardado fielmente en su memoria sus sentencias.

conquistadores; según se asegura le cogió y le quemó vivo (1).

La invasión fué rápida, terrible y completa, al menos en su origen. Asoló toda la comarca. El vencedor, según costumbre, ocupó el primer puesto entre los ejércitos reales; el rey de Etiopía se hizo rey de Egipto, y por más que desapareció la conquista, su nombre se conservó, y su dinastía figuró entre las dinastías indígenas. Se le ha querido dar un sobrenombre egipcio (2).

Todo es en ella extraño, sin embargo; los nombres, las costumbres y las leyes. Sabaka (Sevek), si damos fe á Herodoto, abolió la pena de muerte.

Sabaka (Sabakon) arrostra en pos de sí á los guerreros del país de Akés, lleva consigo también á hombres de la tierra de los negros (Pekta-Nehes); su dominación se extiende á todo el Egipto, y la fama de su poder alcanza hasta la Palestina. El rey de Israel, Oseas, busca alianza é implora el favor de su sucesor Sa-ba-ta-ka (Sevechos). Es verdad que esta alianza sirvió de poco al príncipe judío. Sabaka rehusó ir á su invitación, contra Salmanasar; Samaria fué tomada y las diez tribus cayeron cautivas. Oseas, según las palabras del vencedor, se había fiado de una caña rota. El Faraón se habría más tarde avergonzado de este abandono, y habría arrancado de Siria á los vencedores de los israelitas; porque la Siria figura sobre las murallas de Karnak entre sus tributarios (3).

La dinastía etiope, por lo demás, es muy belicosa, aunque con fortunas muy diversas. A ella pertenece, en efecto, el Schabak ó Sabakon, que consintió la conquista de Sargon el asirio (4), de este monarca cuyo reinado, según

(1) Es la versión de Manethon.

(2) Ra-ne-fer-ka, Raned-ka, Ra-ne-fer-ten-chu, etcétera; Brugsch, pág. 244.

(3) Es quizás una adulación, como no fuera una traición, lo que es muy posible. (Véase M. de Rouge, noticia sobre los textos de Greene, y M. Robion; *op. cit.*)

(4) Es la opinión de M. F. Opert, quien da nuevo lustre á las inscripciones de Khorsabad, con la victoria que consiguió Sargon cerca de Raphial, sobre Schabeh, rey de Egipto. M. de Rouge es también de esta opinión.